
Jean Allouch

**Intervención en Estrasburgo sobre su libro
“Nuevas observaciones sobre el pasaje al acto”¹**

Traducción: Gustavo Castellano

Revisión: Daniel Moreira

Antes que nada, gracias por vuestra amistosa invitación que me importa, porque me mantiene con muchas ganas de compartir una pregunta que llamaría mía casi “desde siempre”, al menos desde mi infancia o incluso antes de que yo naciera, la de la locura. La ubico así, y quizás cuente con el asentimiento de ustedes. Michel Foucault cita a Pascal en su *Historia de la locura en la época clásica*:

Los hombres están tan necesariamente locos que sería otra forma de locura no estar para nada loco.

Quien haya leído este trabajo simplemente decisivo habrá aprendido que, con esa “otra forma de locura”, Foucault se refería a la naciente psiquiatría, a saber, el alienismo, donde remarcaré que, con Pinel, como mucho más tarde con Henri Ey², la palabra *libertad* se halla implicada tanto en la del alienismo como en la definición misma de la locura. También Lacan rechazó la distinción loco / no-loco, no hay en él esos dos lados, ese muro, ese confinamiento de algunos, como esa *contención* que pretende una justificación, como una *continencia* que discrimina a los cuerdos de los otros, ELLOS, los enfermos mentales. No hay, en Freud, en Foucault, en Lacan y algunos otros, NOSOTROS y... ELLOS. Vistas después de su publicación, estas *Nuevas observaciones sobre el pasaje al acto* han abierto una *zona* donde, creo poder decirles hoy, podría inscribirse una versión inédita del pasaje al acto. El trabajo fue escrito en estrecha dependencia *teórica* respecto a Lacan y *clínica* respecto al reciente descubrimiento de Fethi Benslama, el del llamado “salto épico”.

Y

Despejar una zona que dé lugar a una nueva problematización del pasaje al acto reclamó algunos empujones, un poco como uno se abre paso en medio de una multitud compacta. Fue necesario distanciar cierto número de comentarios sobre el pasaje al acto, procedentes

¹ Librairie des Bateliers, presentación de *Nouvelles remarques sur le passage à l'acte*. Epel, Paris, 2019. [En español: *Nuevas observaciones sobre el pasaje al acto*, Ediciones Literales, Córdoba, 2019.]

² También he expuesto el caso, bajo una declaración en forma de axioma (*La escena lacaniana y su círculo mágico*, El cuenco de plata, Argentina, 2020).

de tres horizontes distintos: los lacanianos, los medios y Lacan tal como en él mismo lo hace la eternidad.

I - Los lacanianos ante todo. Los que critico en el libro reivindican una versión del pasaje al acto que afirman haber recibido de Lacan. Titularon la colección de sus trabajos: *Pasar al acto*, una clara alusión al pasaje al acto. Sin embargo, casualmente, esta fórmula elimina el pasaje al acto, porque quien actúa no se propone, como ellos, “pasar al acto”. Curiosamente, mientras Lacan luchaba contra los psicoanalistas de la Internacional psicoanalítica (la IPA, acrónimo que Laurie Laufer lee: “Industria Psicoanalítica Actual”), dicen, al final, lo mismo que una psicoanalista de la *Internacional* cuyo trabajo también, muestra, sin darse cuenta, que todas las reglas y prácticas éticas que se dan en su grupo no tienen otro fin que evitar *a cualquier precio* el pasaje al acto, especialmente el del psicoanalista. “Evitar” [éviter] está cerca de “invitar” [inviter]. Evitar invita, si es cierto que partir sobre la base de un “nunca más” (el coginche) a menudo se convierte en un “eso más que nunca” (Lacan). Los lacanianos antes mencionados también *evitan* el pasaje al acto. Se buscaría en vano en sus obras un análisis de esos pasajes al acto que tanto ocuparon a Lacan: el de las hermanas Papin, el de Marguerite Anzieu, el de la “Joven Homosexual”; queda por apreciar si realmente hubo allí, como él decía, pasaje al acto.

¿Pasaje al acto? Ser bienvenido en esta librería me invita a señalarles el libro de Carlos Busqued, publicado recientemente por Epel, *Magnetizado*³, y que indica claramente tantos pasajes al acto extrañamente idénticos. Un novelista sin otra intención que hablar con él con vistas a una publicación, al entrevistar al criminal, obtiene bastante más de él de lo que le haría decir un terapeuta.

Con estas *Nuevas observaciones sobre el paso al acto*, propongo establecer una relación otra y diferente al pasaje al acto, menos temerosa o timorata, o incluso paradójicamente alentadora, y de no considerarlo más, ante todo, como algo a evitar, por peor que sea. Porque reina una *obsesión* por el paso al acto⁴ que, en particular, hace olvidar que si *la locura es una “enfermedad de la libertad”* (Henri Ey), *es dirigiéndose al loco, no como un alienado sino como un ser libre, que podemos ayudarlo a darse cuenta de que está ejerciendo su libertad en el seno mismo de su propia locura*. Esta obsesión impide ver un pasaje al acto en gestos considerados menores (por ejemplo: romper una pila de platos, quemar diarios o salir de una habitación dando un portazo), porque la primera manifestación en la que se piensa ante la mera mención de la frase “pasaje a el acto” es en el asesinato o en el suicidio.

Esta obsesión es uno de los signos y una de las manifestaciones de una relación timorata con la muerte. Philippe Ariès, en primer lugar, estableció que desde la hecatombe de 1914-1918, Occidente se apartó de la muerte y, por lo tanto, la ha convertido en “salvaje” o, como yo lo dije, “a secas”⁵; ya no hay forma de domesticarla, de *hacer con ella*, en la

³ Carlos Busqued, *Magnetizado*, Anagrama, Barcelona, 2018.

⁴ En este sentido, podemos observar el debate propuesto por Patrick Landman: *Les médicaments psychotropes sont-ils le remède à la souffrance psychique ?* (¿Son las drogas psicotrópicas el remedio para el sufrimiento psíquico?). Disponible en: <https://youtu.be/o6SUa6ubegI>, subido en 2019.

⁵ Jean Allouch, *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*, Edelp, Bs. As., 1996. La cremación reseca los cuerpos.

medida de lo posible. Y esta sequedad se vuelve a encontrar en la evitación generalizada del pasaje al acto. Si es cierto que la obsesión no es buena consejera, estarán de acuerdo en que esta evitación de la muerte plantea un problema para el practicante. Éste endurece su posición; no está libre en sus intervenciones. Esta libertad sólo la encontrará estando un poco advertido de lo que se ha llamado durante siglos (en la Biblia, en la India antigua) “el entre-dos-muertes”⁶, que es, perdónenme si voy muy rápido, *el mismo espacio donde yace la locura*. Un suicidio, un asesinato, siguen siendo inaccesibles si compartimos el prejuicio común para todos, de que la vida es el bien máspreciado que hay.

II - Sería necesario también descartar la idea común del pasaje al acto tal como la transmiten los medios, abriendo columnas a expertos, sociólogos, psiquiatras o psicoanalistas. Un asesinato yihadista no es un pasaje al acto, como no cesan de decirlo y de escribirlo. ¿Por qué razón? Porque se inscribe en un relato que, precisamente, hace algo con el *entre-dos-muertes*, esa zona más allá de la muerte física. Difiere con el crimen de las hermanas Papin que permanece para siempre sin explicación. El apoyo recibido o no de un relato discrimina entre el pasaje al acto y el salto épico que, como el acto yihadista, sabe y en ocasiones incluso anuncia lo que lo motiva, es llevado a cabo con conocimiento de causa, incluso cuando no sea *con pleno conocimiento de causa*.

III - También sería necesario dejar de lado algunas proposiciones de Lacan que sugerían que algo, una palabra a veces, una frase, una expresión se manifestaría en acto en lugar de ser dicho. Ejemplar, en este sentido, le pareció el llamado⁷ “pasaje al acto” de la “joven homosexual” de Freud, a saber, Margarethe Csonka. Según la primera presentación que él hizo, su pasaje al acto habría representado un parto en tanto jugaba sobre los dos significados del significante *niederkommen* (“dejar caer” y “dar a luz”), lo que habría hecho arrojándose por sobre el parapeto de un puente que atraviesa una vía férrea. Esta palabra *supuesta* (por Lacan apoyándose en Freud) *habría pasado al acto*, o mejor, *en el acto*: “Yo también, como mi madre, hoy embarazada, deseo dar a luz a un hijo de mi padre.” Estas presuntas “interpretaciones” me hacen descostillar de la risa. ¿Por qué ella no habría dicho esas palabras, ella tan libre, hasta el punto de amar, a los catorce años y para disgusto de su familia, a una prostituta nobiliaria?⁸ ¡No se sabe! Sin embargo, normalmente nos acercamos al pasaje al acto provistos de tal teoría “psicoanalítica” que asume que el pasaje al acto porta un decir que no se puede expresar con palabras. Esa teoría no es, examinándola, nada más que un prejuicio, reforzado por Lacan durante los años 1950 y que descuida lo que es un acto en tanto acto, sea lo que sea.

Y

Así una zona fue liberada para que tenga lugar una nueva concepción del pasaje al acto que tome sus marcas en una experiencia, al mismo tiempo común y banal. Thomas Diet, el esquiador de *free style*, que aparece en la portada del libro saltando un vertiginoso

⁶ Véase mi artículo “Folie, première et seconde mort”, *L'Evolution psychiatrique*, vol. 81, n° 1, enero-marzo 2016.

⁷ “Llamado” porque mostré que no se trató de un pasaje al acto en *La sombra de tu perro. Discurso psicoanalítico, discurso lesbiano*, Ediciones Literales y Cuenco del Plata, Bs. As., 2004.

⁸ Inés Rieder, Diana Voigt, *Sidonie Csillag, la “joven homosexual” de Freud*, El cuenco de plata, Bs. As., 2004.

acantilado, expresaba en una frase su lema: “Pensar es capitular”. Esto es cierto en otros deportes y, de hecho, en otros lugares... Si pienso, en el momento de devolver una pelota en una cancha de tenis: “¿Dónde voy a devolverla, a la derecha o al revés de mi oponente?”, caerá cada vez en la red.

Lo mismo vale para cualquier decisión que uno esté a punto de tomar. En la época en que íbamos, en racimo, a tumbarnos en el diván de Lacan⁹, un amigo nos dijo que pasaba sus sesiones preguntándose qué nombre iba a elegir para su hija que estaba por nacer. Cada vez que pensaba en un nombre, descubría en la sesión todos los horrores que estaba presto a imponerle. Entonces, él renunciaba al nombre, e ignoro cómo fue resuelto el problema. Podría ser que, por causa del análisis, esa hija jamás recibiese un nombre. Pensar, analizar *a su modo*, quiere decir *que en tanto ser pensante*, lo inhibía.

En América Latina, los argentinos son objeto de bromas, un poco como los belgas en Francia, pero por motivos opuestos: mucha inteligencia, mucha labia, audacia. Así son vistos por sus amigos latinos.¹⁰ La esposa de un amigo me contó: cuando un hombre besa a una mujer en Argentina, me dice ella divertida, la mujer interrumpiéndolo con un gesto de su mano, lo empuja y dice: “Espera, antes tengo que pensarlo”¹¹. Una mexicana, me decía esta mexicana, reacciona de manera diferente, de una manera que sonaría en el lenguaje moderno: *qué bueno... sigue...*¹²

Pensar inhibe el acto, solo basta mencionar el síntoma obsesivo para no dudar más.¹³ A eso Lacan lo selló en una fórmula que desmembró el cogito cartesiano y que, a su manera, dice lo mismo que el lema de mi amigo, campeón del *freestyle*: “Donde pienso no soy, donde soy no pienso”. El analista no invita al analizante a decir lo que piensa, sino lo que le viene a la mente... Estaremos de acuerdo en que es muy diferente: por un lado, control, por otro lado, dejar ir. Alguien que comience una frase por “Pienso que...” pueden estar seguros de que está en otro lugar que allí donde les dice. ¿Aceptarían una declaración de amor si una o uno les dice “pienso que te amo”? No, lo dejarían con sus pensamientos. “El amor no piensa, es nada más que -lo que está afirmado en Freud- efecto del narcisismo”, señalaba Lacan.¹⁴

⁹ Precisión: no éramos cinco o seis tumbados al mismo tiempo en el diván de Lacan. Estábamos volviendo desde un CMPP suburbano [Centro Médico Psico-pedagógico] hacinados en el mismo coche y nos presentamos al mismo tiempo en la puerta de su consultorio.

¹⁰ Como muestra un chiste muy conocido: “¿Cómo se suicida un argentino? Se sube arriba de su ego y se tira.

¹¹ N. de T.: En español en el original.

¹² Ídem.

¹³ Ejemplo típico, relatado por Freud en su *Observaciones sobre un caso de neurosis obsesiva*. (*El Hombre de las Ratas*), retira de la calle una piedra por donde su “dama” iría en breve a pasar, pensando que ella (la piedra) podría ocasionarle un accidente. Freud: “Pero, algunos instantes después, él se dice que eso es absurdo y debe volver para colocar la piedra en el medio de la calle.” Traducción Amorrortu: pero veinte minutos después se le ocurrió que era un disparate y volvió para poner de nuevo la piedra en su lugar. Visto muy superficialmente, ¿qué es lo que hace que ese hombre se apegue a la piedra de la calle? Sus propios pensamientos. Ellos le presentan *tanto* una posibilidad *como* la otra. Estar ubicado en la posición de elegir *tanto* una *como* la otra, es allí lo que el pensamiento ofrece, señalando así su participación en el registro imaginario.

¹⁴ *La lógica del fantasma*, 25 de enero de 1967.

“¿Qué significa pensar?” se preguntaba Martin Heidegger. No tendremos que esperar la respuesta de los llamados “pre-socráticos” (no lo fueron en vida). En lugar de eso -propondremos una respuesta analítica: hay “pensamiento” cuando el discurso se vuelve libidinal, cuando es investido por una pulsión parcial que lo ha elegido como lugar de su goce; ella se satisface allí. Lo anal, notablemente aquí, triunfa a menudo cuando el orador anuncia la ocurrencia de una proposición, ubicando a su público en espera, después, más bien tarde, la lanza -presentándola como una maravillosa novedad- prometida a ser en breve arrojada. Los ejemplos no faltan en las proposiciones del Jacques Derrida que dicta conferencias, del Jacques Lacan que brinda seminarios.

Y

Entonces revisité la cuestión del pasaje al acto de la única manera que creo está de acuerdo con el método analítico, es decir, el estudio cuidadoso, *desarrollado* y *detallado* del caso. El caso, como el sueño, presenta una red tan densa de datos *cifrados* que *obliga* a su análisis a no perderse en consideraciones intempestivas al comentarlo. Comentar un sueño no es interpretarlo, aunque el analizante que lo comenta, lo desee o no, está asociando.

Nos ceñimos al comentario dirigido a su propia satisfacción y la de esta sociedad que debe ser “defendida”¹⁵, cuando vamos a buscar en el cerebro de un Antoine Léger (violó y mató a una niña de doce años, bebió su sangre, lamió su corazón) las “disposiciones maníacas, naturales y adquiridas, las mejor *comprobadas*”¹⁶ (su abogado, refiriéndose a Pinel, Fodéré y Esquirol)¹⁷. Es lo mismo cuando “explicamos” los crímenes sin motivo -no por locura criminal, sino únicamente como crimen de locura- por “causas socio-fisiológicas” (la frenología), o cuando se forja el concepto del “criminal nato” (*Cesare Lombroso*). ¿Se aproximó siquiera un poco al caso cuando, por ejemplo, el doctor Marchal de Calvi señala a François Bertrand, el “vampiro de Montparnasse”, como siendo “un ejemplo de monomanía destructiva complicada por la monomanía erótica, y habiendo comenzado con una monomanía triste”? ¿Será que habiendo arrojado la monomanía al olvido de la historia (Jean-Pierre Falret), ponemos término al comentario, a lo que Marc Renneville llama una “defensa cognitiva”?¹⁸ Podemos estar seguros de que no. Actualmente ejemplos no faltan que dan testimonio de eso, y en los que el psicoanálisis, entre otros, ha tomado la posta. ¿Persistimos en el comentario cuando consideramos el crimen como un “sentimiento inconsciente de culpa”?

Un capítulo del libro está dedicado a Louis Althusser, asesino de su esposa. Otro capítulo fue dedicado a la heroína de la novela *La amante inglesa* de Marguerite Duras. Claire Lannes mató y luego cortó en pedazos el cuerpo de la sobrina del hombre con el que ella

¹⁵ Esa temática es tan antigua como la interrogación psiquiátrica sobre los “crímenes inmotivados” (aquellos que parecen no depender de una locura pre-existente, aquellos que son por sí solos una locura), la acompaña permanentemente. Para otros, es la humanidad o la raza misma que es golpeada, deshonrada, por el crimen. Entonces las valoraciones y los juicios resultan fundamentados en el presunto daño infligido a la sociedad, a la humanidad, a la raza, más que en los actos incriminados. Ver Marc Renneville, *Crime et folie: Deux siècles d'enquêtes médicales et judiciaires*, París, Fayard, 2003.

¹⁶ Las itálicas son mías.

¹⁷ M. Renneville, op. cit., p. 133 y ss.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 439.

vive sin amarlo. Especialmente el análisis de este último gesto, tan violento, hace que aparezca una combinación de un pasaje al acto y un salto épico, que resultó ser una forma de duelo. “Trabajo de duelo”, decimos después de Freud. No, el duelo no es un trabajo. El duelo ahora se piensa freudianamente en las mismas coordenadas mal ajustadas que el pasaje al acto.¹⁹

También en la locura se intenta producir un duelo, así como en los análisis. Desde 1914-18, todo doliente inventa una forma particular de duelo. Un salto épico violento, como el de Claire Lannes, puede también valer y ser recibido como una modalidad de duelo, la suya. Y aún es necesario distinguirlo del pasaje al acto, y eso es lo que este trabajo saca a la luz a través de estos dos asesinatos.

Υ

Sin embargo, me parece incluso apropiado recordar, en estas *Nuevas observaciones sobre el pasaje al acto*, un trazo que se presenta como una punta, dirigida especialmente al analista tomado en lo más efectivo de su práctica. Se trata de un concepto que podría recibirse como teratológico, ya que sigue siendo cierto que es difícil concebir lo que Lacan introdujo al hablar de un “pasaje al acto esclarecido” o “advertido”. Este curioso pasaje al acto consistiría para el analista en no pensar en modo alguno, porque “*es por no pensar que él opera*” [trad. Paidós]²⁰, se indica, ¡nada menos que eso! También puedo testimoniar: durante mis muchos años de análisis con él, Jacques Lacan nunca me compartió un pensamiento que tuviera sobre mí. Y fue mejor así... mejor para mí, pero también para él. Hice mi análisis *solo con él*. Ese “solo” [*tout seul*] que evoca al español cuando se dice: “me analicé con...” (actividad) y no, como en francés: “Yo estuve, o estoy en análisis con ...” (pasividad). Ese “solo” es también lo que un niño responde a veces a un adulto que se ofrece a ayudarlo en la tarea que se ha dado (por ejemplo, montar por primera vez una bicicleta): “¡NO, yo solo!” responde el niño, apartando al adulto con un gesto, que este último aceptará, si puede captar hasta qué punto esa decisión es seria, o sea, subjetivamente vital. Lejos de contradecir el amor, dejar que el otro, el amado, esté solo (en determinadas circunstancias), puede considerarse un gesto de amor.²¹

Estamos entonces a años luz del pensamiento. ¿Qué sería de dicha entidad llamada “Esquizofrenia” si dejamos de verla, con Bleuler, como un “trastorno del pensamiento”? El ejemplo que da de tal “trastorno” es ridículo. Le pregunta a un paciente reconocido por él como esquizofrénico: “¿Dónde se encuentra Egipto?” Como en algunos programas de televisión de hoy, la pregunta está dirigida a lo que llamaría un “idiota educado”, incluso con diplomas superiores. Su pregunta recibió como respuesta: “Entre Asiria y el Estado del Congo”. Bleuler comenta:

Ya el hecho de asociar en su mente uno de los estados más antiguos del mundo con uno de los más modernos sólo es posible cuando la noción de tiempo, que en el hombre normal nunca deja de jugar su papel en el inconsciente [¿habría “naciones” en el inconsciente?] es desatendido por el paciente. Pero acercarlos a

¹⁹ Me expresé al respecto en *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*, Bs. As., Edelp, 1996.

²⁰ Jacques Lacan, *Reseña del seminario El acto psicoanalítico*, 1967-68. Esta proposición fue escrita.

²¹ Me expresé al respecto en *El amor Lacan*, Ed. Literales y El cuenco de plata, Bs. As., 2011.

la noción [¡de nuevo!] de Egipto es aún más extraño desde el punto de vista geográfico. La idea más accesible como "África nororiental" no surge en el paciente, sino como al lado de un país perteneciente a otro continente y cuya frontera ni siquiera toca la de Egipto, y luego la de otro país que sólo está indirectamente relacionado con Egipto a través de Sudán. Y sin embargo la respuesta del paciente demostró que 'conocía bien la ubicación geográfica de Egipto.²²

Quedamos muy contentos de saber que Eugen Bleuler conocía bien la geografía de África. Además de las nociones de "tiempo" y "espacio", juzgadas mórbidamente, Bleuler ve, justo después de haber recibido esta respuesta "defectuosa", un "trastorno de las asociaciones", un "relajamiento de las asociaciones" (asociaciones de Ideas, por lo tanto), un relajamiento que supone que hace que el pensamiento sea anormal, a juicio del psiquiatra, o de sus "nociones". "Asociación" no tiene aquí la misma significación que en Freud, donde cualquier otro término puede asociarse con un término, donde todo vale donde no hay una respuesta correcta que cabría esperar, como acabamos de ver que lo fue para Bleuler.²³ Podemos ver claramente aquí cuál era la posición normativa y poco afable para con el paciente de aquel que fue el primero en describir al autismo.

Proceder de forma que se calle el/su pensamiento, que ya no lo sobrecargue, es de lo que se trata para el analista, esa es su *ascesis operativa*, produciendo un cierto efecto sobre el analizante. Pero, ¿cómo asegurarse de que se calle, de que cese el pensamiento? El analista guarda silencio de muchas formas. Cuando estos pensamientos engorrosos se callan, dan paso a cierto silencio que no se retira. ¿Cuál silencio?

Wittgenstein pudo guardar tal silencio cuando dijo, con respecto a la ética, encontrarse "frente a la puerta de la solución sin ver lo suficientemente claro como para abrirla". Mantenerse así frente a una puerta cuando se quiere pasar al otro lado no es tan fácil, especialmente porque el analizante también desea cruzar esta puerta que detiene su recorrido analítico y espera que su analista le ofrezca los medios. Un Wittgenstein, también a veces un Lacan, supieron no eludir esta incómoda experiencia de un silencio, de una inmovilidad, frente a la puerta, aun cuando tantas evasiones son posibles. No se necesita mucho para proporcionar un conocimiento "psicoanalítico" que, aunque sospechemos que no vale mucho, dará, a quien lo diga y a quien lo escucha, la impresión, la ilusión de haber cruzado.

Este silencio tan singular del analista interviene en el analizante como lo que es capaz de orientarlo hacia la inexistencia del Otro, este lugar donde no encuentra la solución que espera, sino otra, a primera vista decepcionante, incluso traumática (Lacan). Se los digo demasiado rápido, así que tengo que aclararlo un poco. El punto de partida de esta tesis de Lacan está en su reelaboración del cristianismo. La conversión cristiana consiste en volverse otro respecto de uno mismo: "yo vivo, pero ya no vivo yo, es Cristo quien vive

²² Eugen Bleuler, "La esquizofrenia", 1926, <https://core.ac.uk/download/pdf/61247209.pdf>

²³ ¿"Asiria" sería una "asociación" tan mal venida? Si "Egipto" evoca las pirámides, los faraones y otras cosas viejas, asociarlo a "Asiria" no parece tan extraño.

en mí”²⁴ decía San Pablo.²⁵ “Hay una coincidencia del sujeto de la manifestación con el sujeto de su desaparición”, señala Chevallier. Y pasa lo mismo en el análisis lacaniano, con una desaparición del “sí mismo” no para dar lugar a Cristo, sino cuando es Otro inexistente que ocupa el primer plano en el escenario sin que éste presente el menor trasfondo.

En mi opinión, así es como opera la ascesis del analista (del analista sin “psi”²⁶, porque el “psi” piensa y puede llegar a ser un charlatán). En *La tempestad*, Shakespeare dijo, también él, con una sola palabra, cuál sería el efecto de tal silencio: “El hombre que habla renuncia a sus hechizos.” Este permanecer en silencio (o callar) que, con Lacan digo ser el del analista, deja espacio para que en el analizante se realice esta renuncia que depende del mero hecho de hablar.

Gracias nuevamente por su invitación, que me permite discutir todo esto con ustedes. Porque hago mía la manera con la que Foucault se dirige a su público. Aquí está:

Creo que estamos aquí principalmente para discutir, es decir que no debería hablar en absoluto. Pero bueno, supongo, para que puedan ejercer su derecho a cuestionar, que será un derecho de revisar y un derecho a criticar, es preciso que me exponga a sus golpes y, por tanto, voy a presentar algunas observaciones un tanto desordenadas a partir de las cuales espero que tengan la oportunidad de expresarse ustedes mismos.

Esta observación se hizo en Túnez el 4 de febrero de 1967. Acaba de publicarse un libro cuya importancia para el análisis no se puede subestimar: *Folie, langage, littérature*.²⁷ Debe estar en algún lugar en medio de los libros que aquí nos rodean. Los invito a comprarlo ya.

²⁴ Pablo de Tarso, *Epístola a los Gálatas*, 2, 20.

²⁵ Encontramos una discusión desde ese punto de vista en la notable contribución de Philippe Chevallier al libro publicado por Sandra Boehringer y Laurie Laufer (dir.) *Après Les Aveux de la chair. Genealogie du sujet chez Michel Foucault*, París, Epel, 2020.

²⁶ De allí mi proposición de cambiar “psicoanálisis” [*psychanalyse*] por “spycanálisis” [*spychanalyse*] en *El psicoanálisis ¿es un ejercicio espiritual? Respuesta a Michel Foucault*, Ed. Literales y El cuenco de plata, Bs. As., 2007.

²⁷ París, Vrin, 2019, p. 170.